



La Santa Sede

JUAN PABLO II

REGINA CAELI

Domingo 14 de mayo de 1989

1. "Veni, Sancte Spiritus!". Esta es, muy queridos hermanos y hermanas, la invocación que hoy, solemnidad de Pentecostés, se eleva insistente y confiada desde toda la Iglesia: Ven, Espíritu Santo, y "reparte tus *siete dones* según la fe de tus siervos" (*Secuencia* de Pentecostés).

Entre estos dones del Espíritu hay uno sobre el que deseo detenerme esta mañana: *el don de la fortaleza*. En nuestro tiempo muchos exaltan la fuerza física, llegando incluso a aprobar las manifestaciones extremas de la violencia. En realidad, el hombre cada día *experimenta la propia debilidad*, especialmente en el campo espiritual y moral, cediendo a los impulsos de las pasiones internas y a las presiones que sobre él ejerce el ambiente circundante.

2. Precisamente para resistir a estas múltiples instigaciones es necesaria *la virtud de la fortaleza*, que es una de las cuatro virtudes cardinales sobre las que se apoya todo el edificio de la vida moral: la fortaleza es la virtud de quien no se aviene a componendas en el cumplimiento del propio deber.

Esta virtud encuentra poco espacio en una sociedad en la que está difundida la práctica tanto del ceder y del acomodarse como la del atropello y de la dureza en las relaciones económicas, sociales y políticas. La *timidez* y la *agresividad* son dos formas de falta de fortaleza que, a menudo, se encuentran en el comportamiento humano, con la consiguiente repetición del entristecedor espectáculo de quien es débil y vil con los poderosos, petulante y prepotente con los indefensos.

3. Quizás nunca como hoy *la virtud moral de la fortaleza* tiene necesidad de ser sostenida por el homónimo *don del Espíritu Santo*. El don de la fortaleza es un impulso sobrenatural, que da vigor

al alma no sólo en momentos dramáticos como el del martirio, sino también en las habituales condiciones de dificultad: en la lucha por permanecer coherentes con los propios principios; en el soportar ofensas y ataques injustos; en la perseverancia valiente, incluso entre incomprendiones y hostilidades, en el camino de la verdad y de la honradez.

Cuando experimentamos, como Jesús en Getsemaní, "la debilidad de la carne" (cf. *Mt* 26, 41; *Mc* 14, 38), es decir, de la naturaleza humana sometida a las enfermedades físicas y psíquicas, tenemos que invocar del Espíritu Santo el don de la fortaleza para permanecer firmes y decididos en el camino del bien. Entonces podremos repetir con San Pablo: "Me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte" (2 *Co* 12, 10).

4. Son muchos los seguidores de Cristo -Pastores y fieles, sacerdotes, religiosos y laicos, comprometidos en todo campo del apostolado y de la vida social- que, en todos los tiempos y *también en nuestro tiempo*, han conocido y conocen el martirio del cuerpo y del alma, en íntima unión con la *Mater Dolorosa* junto a la cruz. ¡Ellos lo han superado todo gracias a este don del Espíritu!

Pidamos a María, a la que ahora saludamos como *Regina coeli*, nos obtenga el *don de la fortaleza* en todas las vicisitudes de la vida y en la hora de la muerte.